

Carlos Cristóbal

Derechos humanos: la excepción saharahui

Noticias de Navarra, 6 de junio de 2026.

Llevo muchos años leyendo informes, resoluciones y comunicados sobre el **Sáhara Occidental**. También llevo muchos años observando la misma reacción, o más exactamente la misma ausencia de reacción, cada vez que organismos internacionales denuncian **violaciones de derechos humanos** en los territorios ocupados por **Marruecos**. Cambian los gobiernos, cambian los nombres de las víctimas y cambian las organizaciones que lanzan las alertas. Lo que apenas cambia es el **silencio español**.

Lo ocurrido durante el mes de mayo merece una reflexión. No porque las denuncias sean nuevas. Desgraciadamente, muchas se parecen demasiado a otras que hemos leído durante las últimas décadas. Lo que llama la atención es su acumulación. En apenas unas semanas volvieron a aparecer los **presos políticos saharauis de Gdeim Izik**, las denuncias de **torturas y confesiones forzadas**, las huelgas de hambre en cárceles marroquíes, el hostigamiento a activistas, la desaparición de un joven saharauí en una **ruta migratoria hacia Canarias** y nuevas imágenes de violencia contra población saharauí en **El Aaiún ocupado**.

No son asuntos menores. El **Comité contra la Tortura de Naciones Unidas** volvió a señalar a Marruecos por casos vinculados al grupo de Gdeim Izik, detenidos tras el desmantelamiento del campamento de protesta levantado en 2010 cerca de El Aaiún. Aquel campamento, que reunió a miles de saharauis para denunciar discriminación, pobreza y ocupación, terminó siendo desmantelado por la fuerza. Varios de sus participantes fueron condenados a largas penas de prisión en procesos muy cuestionados. Años después, las denuncias siguen hablando de torturas, confesiones obtenidas bajo coacción y falta de investigaciones eficaces. No es una página cerrada, sino una herida abierta.

También en mayo volvió a saberse de **huelgas de hambre de presos políticos saharauis**. Naâma Asfari, uno de los nombres más conocidos de Gdeim Izik, ha denunciado durante años su situación penitenciaria y el incumplimiento de recomendaciones internacionales. Otros presos saharauis, como Brahim Babeit y Salah-Eddine Sabbar, también han recurrido a la huelga de hambre para protestar por sus condiciones de detención, el aislamiento, las restricciones familiares o la falta de **atención médica adecuada**. Cuando un preso político deja de comer para que alguien escuche, no estamos ante un detalle administrativo, sino ante una señal extrema de desamparo.

A esa realidad carcelaria se sumó otra denuncia especialmente dolorosa: la desaparición de **Daha Mohamed Fadal Lahbib**, activista saharauí de 35 años, padre de un niño pequeño, que intentaba llegar a Canarias en una patera. Su familia denunció que fue arrojado vivo al mar durante la travesía desde Bojador hacia Lanzarote. El caso llegó al **Congreso de los Diputados** a través de una iniciativa parlamentaria que reclamaba explicaciones e investigación. Más allá de lo que finalmente pueda esclarecerse, la denuncia coloca otra vez ante nosotros una realidad incómoda: la represión, la falta de horizonte y la asfixia

en los **territorios ocupados** empujan también a saharauis a rutas migratorias cada vez más peligrosas.

Y cuando parecía que el mes terminaba sin que todo esto hubiera provocado demasiada conmoción pública, se difundieron imágenes de una agresión contra un ciudadano saharauí en El Aaiún ocupado. Según **Équipe Média**, varios colonos marroquíes lo golpearon dentro de una panadería y después fue entregado a la policía. La escena, por sí sola, ya resulta brutal. Pero lo más grave es que encaja en un clima más amplio de impunidad, intimidación y violencia cotidiana contra quienes viven bajo ocupación y se atreven a seguir afirmando su **identidad saharauí**.

La paradoja resulta evidente. **España** reivindica con frecuencia la defensa de los **derechos humanos** como uno de los pilares de su **política exterior**. Lo hace cuando habla de conflictos, guerras y crisis en distintas regiones del mundo. Sin embargo, cuando las denuncias afectan al Sáhara Occidental, la **prudencia diplomática** suele imponerse al discurso público. Se habla de estabilidad, de **cooperación migratoria**, de intereses estratégicos o de **relaciones bilaterales con Marruecos**. Pero casi nunca se habla con la misma claridad de presos políticos saharauis, torturas, desapariciones, hostigamiento policial o ausencia de **observadores internacionales independientes**.

No estamos hablando de un territorio lejano ni ajeno. El **Sáhara Occidental fue administrado por España hasta 1975** y continúa figurando en Naciones Unidas como un **territorio no autónomo pendiente de descolonización**. Esta condición debería bastar para que cualquier denuncia de derechos humanos allí mereciera una atención especial por parte de España. Sin embargo, ocurre lo contrario: cuanto más incómoda resulta la responsabilidad histórica y política, más espeso parece el silencio.

La cuestión de fondo no es solo jurídica, aunque también lo sea. Es política y moral. España no puede invocar los derechos humanos en Ucrania, Palestina, América Latina o cualquier otro escenario internacional y, al mismo tiempo, guardar silencio cuando las víctimas son saharauis y las denuncias apuntan a Marruecos. Esa **doble vara de medir** no pasa desapercibida. La ven las familias de los presos. La ven los activistas perseguidos. La ven quienes han perdido a sus hijos en el mar. La ven quienes llevan décadas esperando que España pronuncie, al menos, una palabra clara.

Después de tantos años siguiendo la **actualidad saharauí**, uno termina acostumbrándose a los informes, las resoluciones y las denuncias. Lo que sigue resultando difícil de aceptar es que un país tan dispuesto a hablar de derechos humanos en otros escenarios encuentre tantas dificultades para hacerlo cuando esas denuncias afectan al Sáhara Occidental. Quizá la cuestión ya no sea qué está ocurriendo allí. La documentación existe y las víctimas tienen nombres. La verdadera pregunta es cuánto tiempo más podrá España actuar como si nada de todo ello estuviera sucediendo.